

esas miradas melancólicas que solemos dirigir á la persona que se despide para un largo viaje, y á la cual tememos no volverla á ver jamás.

— ¡Pobre amo mio! — dijo al verse solo. — ¡Mal haiga *Tupido* y mal haigan sus flechas que así le han puesto! Los buenos que debieran vivir mas que *Jerusalen*, son los que encuentran siempre enemigos, mientras los malos están firmes como el *Goloso* de *Ruedas*. No, pues yo, aunque se enoje, no abandono á mi amo. Por fortuna sé una vereda que conduce al mismo sitio, y por la cual llegaré á tiempo sin ser visto. Arreglemos, pues, lo que me ha encargado, y en seguida irémos á ver lo que se ofrece.

Mientras el leal Pablo discurría de esta manera, Miguel, libre de todo temor, y entregado en cuerpo y alma á la memoria de Luisa, repetía entre dientes las sentidas y tiernas reconvencciones que iba á dirigirla por la imprudencia que habia cometido en entregar á su esposo la carta que una noche le habia arrojado por la ventana: los pensamientos de amor que, á pesar de su

crueldad le consagró cuando en medio del campo y herido por la mano de Fernando, esperaba la muerte; los inútiles esfuerzos que habia hecho para arrancar de su corazón la imágen de la ingrata que le olvidaba; y por último, su desesperacion al saber que Pablo, creyendo servirle, cometió el crimen de arrebatarle la prenda mas cara que una madre tiene en el mundo.

Embebecido en estas ideas atravesaba el solitario camino por donde no transitaba ni una sola persona.

El cielo estaba negro y cubierto de espesas nubes que en caprichosas formas caminaban suavemente impelidas por un ligero viento.

El huracán habia cubierto de agua y arena todas las sendas, y Miguel se sumía con frecuencia hasta las rodillas en el inmenso lodazal que le impedía andar tan aprisa como él hubiera querido.

De repente oyó el murmurio del rio cuyas aguas iban á besar la orilla.

Miguel levantó la cabeza; dirigió la vista hácia donde aquel se escuchaba, y descu-

brió entre la bruma una canoa que oscilaba mansamente en la cristalina superficie.

La canoa estaba atada á la orilla.

Dentro de ella habia un hombre envuelto en un capoton con mangas y capucha que entonces cubria su cabeza, como usan los marinos en las noches chubascosas.

Nuestro héroe se adelantó hácia la orilla.

En aquel mismo momento se deslizó entre las sombras otro hombre que se ocultó en las rocas sin ser visto de nadie y que, al parecer, llevaba un fusil en la mano.

--Buenas noches.

Dijo Miguel aproximándose á la ligera embarcacion.

--Buenas noches.

Contestó el que estaba dentro.

--¿A quién aguarda esta canoa?

--A un caballero, á quien de parte de una señora, cité esta tarde para este sitio.

--Ese caballero soy yo.

--Le he reconocido á vd. al momento; puede vd. entrar cuando guste, y tomar asiento.

Miguel saltó á la canoa y se sentó en la popa.

El del capuchon desató la cuerda á que estaba atada y empezó á remar.

--¡Cómo!... --Dijo Miguel poniéndose en pié al notar aquello.--¿Pues no hemos de esperar en este sitio?

--No señor: este es el punto mejor para embarcarse, pero no el mas á propósito para una cita, puesto que en las Piedras hay tropa que pudiera descubrirnos.

--Entonces ¿á dónde vamos?

--A muy pocas varas de aquí, adonde tal vez nos estará esperando ya ella.

Contestó el del capote, empezando á remar con todo vigor.

Miguel pensó que de un hombre solo nada tenia que temer, puesto que llevaba buenas armas, y tranquilo con esta idea que le aseguraba de la fidelidad del remero, volvió á sentarse sin cuidarse de otra cosa que de las palabras que pensaba dirigir á Luisa.

El que lo conducia le echó una mirada al soslayo, y brilló en su rostro, oculto en la capucha, una alegría que en nada se pare-

cia á la que brilla en el semblante del honrado.

—Miguel, que marchaba impaciente por llegar al sitio de la cita, dirigió la vista hácia el rumbo que llevaban, y notando que lejos de navegar junto á la orilla, se alejaban de ella internándose cada vez mas en el rio, se acercó al remero y le dijo:

—¿A dónde me llevas? ¿No ves que nos dirigimos á la orilla opuesta?

—No llegaremos á ella, pierda vd. cuidado.

—Pero ¿dónde está esa persona que me espera?

—Le prometo á vd. que la verá, antes de cinco minutos.

Contestó el de la capucha, sin dejar de remar siempre hácia el centro del rio.

—Pero aqui no hay mas que agua, y lejos de acercarnos á tierra, nos alejamos mas y mas de ella.

—Y sin embargo, la entrevista se verificará.

Contestó el hombre encubierto, dejando

de remar, y colocando el remo dentro de bote.

—¿Y por qué dejas de vogar?

—Porque hemos llegado al sitio dispuesto por la persona que desea hablar con vd.

—¿Aquí?

Dijo Miguel sorprendido y dirigiendo la vista al rededor, para ver si descubria alguna otra canoa.

—Aquí. Sino que la mujer—dijo el remero tomando un acento terrible y acercándose á su interlocutor—se ha trasformado en hombre.

Y se quitó la capucha dejando ver un rostro indignado, donde se pintaba el odio y el deseo de venganza.

Miguel dió un paso hácia atras, dejando escapar este nombre:

—¿Rossi!

—Sí;—contestó el sardo con voz terrible.—Rossi, vuestro mortal enemigo desde la lógia: Rossi, que se vió desarmado villanamente por vd., y que cuando creyó tomar venganza de aquel insulto, se vió hur-

lado por el criado á quien vd. sin duda habia seducido: Rossi, que ama á una mujer cuyo corazon vd. posee: Rossi, que hoy mismo se ha visto humillado por vd. en la mesa delante de toda la oficialidad; y Rossi, en fin, que viene de una vez á tomar satisfaccion por su mano de tantos insultos, dándole por tumba el rio, y por sudario el negro cielo que nos cobija.

—¡Traidor!

Exclamó Miguel echando mano á la espada; pero Rossi, que previendo todo lo que iba á pasar, se habia acercado á él mientras hablaba, le echó los brazos sin darle tiempo á que la sacara.

—No; todo es inútil ya:—pronunció el sardo sujetándole siempre—yo le podia haber matado á vd. mientras nada recelaba, pero me he propuesto que sea una lucha leal donde no haya sangre: sé que vd. no sabe nadar, única ventaja que le llevo, y me ha parecido mejor que el rio se encargue de quitarle la vida.

Y al decir esto, hizo un esfuerzo para arrojarle al agua.

—¡Veremos si lo consigues, miserable!

Exclamó Miguel, echando á su vez sus robustos brazos al sardo.

En aquel momento, salió de las rocas el hombre que poco antes se habia deslizado armado de un fusil; corrió hácia una canoa que se veia en la orilla, entró en ella, dejó el arma en la popa, desató la barquilla, y empezó á remar en la misma direccion que habia llevado la de Rossi.

Entre tanto, la lucha brazo á brazo entre Miguel y el sardo, seguia terrible y dudosa. El italiano tenia una musculatura atlética, y al emprender aquella lid, lo habia hecho creyendo vencer á su contrario con la mayor facilidad. Pero Miguel, aunque esbelto y fino en sus formas, era vigoroso y fuerte: su pecho elevado y robusto, encerraba la pujanza de los atletas romanos, y sus brazos, aunque no gruesos, eran nervudos y poderosos.

Rossi comprendió bien pronto, que se las habia con un contrario temible.

El pecho del sardo y el pecho de Miguel

estaban estrechamente unidos el uno contra el otro, como dos planchas que se oprimen por dos aros de hierro, pues no parecían otra cosa los nervudos brazos de ambos combatientes.

La respiración del uno y del otro era trabajosa, fuerte y violenta, por la opresión de aquel círculo de hierro en que cada cual estaba encerrado.

Rossi, cuya idea era lanzar al agua á su contrario, para que muriese ahogado, y evitar así toda señal de asesinato, dejó de hacer fuerza por un momento para descansar; en seguida afirmó los piés sobre la canoa, hizo un esfuerzo supremo, comunicó á sus brazos el coraje de su corazón, y consiguió levantar á Miguel dos dedos del piso, llevándole hasta la orilla de la canoa. Miguel, comprendiendo todo el peligro que corría, juntó su barba al pecho del sardo, oprimiéndole con ella como con un martillo, mientras con sus brazos le sujetaba horriblemente: Rossi, al sentir el agudo dolor que le rompía el pecho, aflojó un poco; Miguel consiguió entonces afirmar uno

de sus piés en la obra muerta, y continuó con nuevo ardor la lucha.

Sin embargo, Rossi había alcanzado una gran ventaja sobre su contrario, pues mientras él podía afirmarse con ambos piés en la canoa, el otro se veía reducido al estrecho borde en que había conseguido colocar uno solo de los suyos.

El italiano, conociendo que para alcanzar el triunfo solo le faltaba no dejar reponer á su rival, le asió con mayor furia para poner término al combate. Miguel, lejos de decaer de ánimo por la tenacidad de su furioso enemigo, sintió renacer su vigor: reunió todas sus fuerzas, y haciendo un esfuerzo poderoso, logró hacer caer de rodillas á Rossi con estruendo terrible, junto á la misma obra muerta en que había afianzado su planta.

Al golpe de aquel cuerpo, la frágil canoa osciló violentamente haciendo perder el equilibrio á Miguel, poco acostumbrado á embarcarse.

Rossi, trató entonces de aprovechar aquella coyuntura favorable, y empujó hácia el

rio á su contrario: éste, conociendo su posición, se afianzó mas y mas del sardo: en aquella desesperada lucha la canoa dió otro vaiven mas fuerte que el primero, y ambos cayeron al agua.

Miguel, aturdido con el golpe y con el agua que al caer habia tragado, soltó á Rossi; y despues de flotar un momento buscando la canoa para agarrarse á ella, desapareció en el fondo, mientras el italiano, como buen marino, se mantenía tranquilo sobre el rio, en espera de que volveria á aparecer á flor de agua su víctima, como acontece por dos ó tres veces á todo el que se está ahogando, dispuesto á concluir con su vida sepultándole cada vez que se presentase.

No se engañó en sus conjeturas. Miguel, luchando con las terribles ansias de la muerte, volvió, despues de un instante, á aparecer sacando un poco la cabeza, agitando las manos buscando algo de donde asirse, y arrojando espumarajos por boca y narices; pero Rossi que le esperaba, volvió á zambullirle con crueldad inaudita, sin darle tiempo á respirar siquiera.

En aquel momento salió un tiro, disparado al aire por el hombre que vimos entrar en una canoa y seguir el rumbo de la de Rossi, al mismo tiempo que se escuchaba su voz llamando gente.

—¡Que vengan ahora!...—exclamó Rossi con sonrisa infernal:—ya llegan tarde; en vez de un hombre hallarán un cadáver!...

Y satisfecho de su venganza, y temiendo ser conocido, ganó nadando la orilla opuesta, perdiéndose á poco entre las sombras del camino que conducía al sitio llamado Paso de Doña Cecilia.

El hombre de la canoa, al ver salir una persona, comprendió quién era, y remó con todas sus fuerzas para ver si podía llegar á tiempo de salvar á la otra.

—¡Señor amo! ¡señor amo!....

Gritaba con desesperado acento el que remaba.

Al mismo tiempo hizo algunos borbollos la parte del rio por donde habia desaparecido Miguel: poco despues se vió asomarse á flor de agua una sombra humana; sacó la mitad de la cabeza, dirigió sus ma-

nos hacía todas partes, y ya iba á volverse á sepultar en el fondo, cuando logró asirse del borde de la canoa que habia quedado abandonada.

Afianzado de aquel objeto de salvacion, hizo un esfuerzo desesperado, y logró respirar el aire de que tanto necesitaba.

—¡Señor amo, señor amo!....

Volvió á gritar el mismo hombre que habia disparado el fusil, aproximándose mas y mas en su canoa.

—¡Pablo.... es la voz de Pablo!....— exclamó Miguel con acento débil como el del moribundo, y pálido como un cadáver.—¡Mi fiel indio!.... ¡Ah!.... pero aún está muy lejos.... ¡y á mí me faltan las fuerzas para sostenerme mas tiempo agarrado á ésta tabla!....

Y en efecto, la prolongada lucha que habia sostenido contra Rossi, unida á la no menos terrible que aun mantenía con un elemento funesto para él, habia agotado completamente su vigor, y apenas podia sostenerse.

Pablo entre tanto se acercaba remando con todas sus fuerzas.

—Sosténgase su merced un poquito mas, señor amo; un poquito mas!....

Exclamó cuando ya pudo descubrir á Miguel, y remando cada vez con mas afán.

Pero la canoa era pesada, y Miguel se sentia desfallecer.

—¡Dios mio!.... ¡permitid que salve á mi amo!....

Y el indio con la cabeza vuelta hacía atrás y con los ojos fijos en el hombre que en un tiempo le habia salvado la vida, avanzaba remando sin descansar.

Pocas varas separaban ya al amo del criado.

Cinco minutos mas, y el primero iba á deber á su vez la vida al segundo.

Pero la fuerza física no correspondia á la fuerza moral.

El continuo esfuerzo que habia hecho Miguel para sostenerse, acabó por acalambrar sus brazos, que de repente se negaron á obedecer á su voluntad, cediendo al peso de

su cuerpo que volvió á hundirse casi todo en el agua.

Pablo dejó escapar un grito de horror.

Sin embargo, no perdió toda esperanza: sus manos estaban aún asidas á la canoa, y el indio hizo el último impulso para llegar á tiempo.

Pero aquel mismo impulso hizo que su canoa, sin poderlo evitar, chocase con la otra.

El indio conoció las funestas consecuencias que debian resultar de aquel choque, y se lanzó á la otra canoa para agarrar la mano del que se sostenia en ella.

Pero al mismo tiempo que se inclinaba á cogerla, aquella, abriendo sus desfallecidos dedos, soltaba la tabla de donde estaba asida, desapareciendo con el resto del cuerpo en el fondo del rio.

Pablo dió un grito, y poco despues se escuchó el ruido producido por un hombre que se lanzaba de cabeza al agua, en busca del que habia luchado por tanto tiempo con la muerte.

CAPITULO XXIII.

Asalto al fortin de la Barra.

Era la noche del 10 de Setiembre: Santa-Anna, obsequiando su patriótico entusiasmo, disponia en el punto de Doña Cecilia, la division que debia dar el asalto al fortin.

Los brillantes cuerpos que componian aquella columna, eran el 3º de línea, compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º, todo el 11 de línea, alguna fuerza de artillería, y otras tropas escogidas que se habian distinguido en varios encuentros.

Ramirez llegó al fortin con mil precauciones para no caer en poder de los mexicanos que, como he dicho, guardaban el